

*“Ustedes son la sal de la tierra...  
Ustedes son la luz del mundo”*

Mt 5 13-16

## *Haznos fuertes*



*Este mundo nuestro piensa que la fortaleza es ser omnipotente, invulnerable, resistente a cualquier adversidad; no romperse nunca, tener una fachada de perfección, ser resistente a cualquier desastre... Pues bien, la fortaleza del evangelio es otra. Es la fortaleza que se realiza en la debilidad, sin negar las heridas ni las flaquezas, sin ignorar las lágrimas o las dudas. Es una fortaleza que nace de la confianza en un Dios que siempre nos levanta. Esa es la fuerza que te pedimos, Señor....*

fuelle: [www.pastoralsj.org](http://www.pastoralsj.org)

### **Felicidades para los que cumplen años este mes:**

Miguel Visessuwanpoom, 1  
Andrea Aguilar, 1  
Monica Cortes, 9  
Jairo Castaño, 12  
Claudia Vallejos, 14  
Ana Lilia Alfaro, 16  
Michaela Boehm, 16  
Betiana Audero, 17  
Laura Hoyos, 18  
Elizabeth Perez, 20  
Yann Lequang, 21  
Mildred Garcia de Bullen, 22  
Claudia Aguilar, 23  
Emeli Yesenia Jimenez, 28  
Cristina Landazabal, 29  
Adriana Paola Salazar, 29  
Jose David Lopez, 29  
Norberto Pablo Hilgert, 29



## **Intenciones del Santo Padre**

**Junio 2008**

### **Intención General**

Para que los cristianos cultiven una amistad profunda y personal con Cristo para poder así comunicar la fuerza de su amor a las personas con quienes se encuentran.

### **Intención Misionera**

Para que el Congreso Eucarístico Internacional de Québec, en Canadá, ayude a comprender, todavía más, que la Eucaristía es el corazón de la Iglesia y la fuente de la Evangelización.





### \* **Primera Lectura – del libro del Éxodo 19, 1b-6a**

*“Ustedes serán para mí un reino de sacerdotes y una nación que me está consagrada”*

Los israelitas llegaron al desierto del Sinaí. Habían partido de Refidím, y cuando llegaron al desierto del Sinaí, establecieron allí su campamento. Israel acampó frente a la montaña. Moisés subió a encontrarse con Dios. El Señor lo llamó desde la montaña y le dijo: « Habla en estos términos a la casa de Jacob y anuncia este mensaje a los israelitas: “Ustedes me han visto como traté a Egipto, y como los conduje sobre alas de águila y los traje hasta mí. Ahora, si escuchan mi voz y observan mi alianza, serán mi propiedad exclusiva entre todos los pueblos, porque toda la tierra me pertenece, Ustedes serán para mí reino de sacerdotes y una nación que me está consagrada”»

*Palabra de Dios    Todos: Te Alabamos Señor*

### \* **Salmo Responsorial – 99**

**R:** *“Nosotros somos su pueblo y ovejas de su rebaño”*

Aclame al Señor, tierra entera, sirvan al Señor con alegría, lleguen hasta Él con cantos jubilosos. R

Reconozcan que el Señor es Dios: que Él nos hizo y a Él le pertenecemos; somos su pueblo y ovejas de su rebaño. R

¡Que bueno es el Señor! Su misericordia permanece para siempre y su fidelidad por todas las generaciones. R

### \* **Segunda Lectura – de la carta del apóstol san Pablo a los cristianos de Roma 5, 6-11**

*“Fuimos reconciliados por la muerte del Hijo, seremos salvados por su vida”*

Hermanos: Cuando todavía éramos débiles, Cristo, en el tiempo señalado, murió por los pecadores. Difícilmente se encuentra alguien que dé su vida por un hombre justo; tal vez alguno sea capaz de morir por un bienhechor. Pero la prueba de que Dios nos ama es que Cristo murió por nosotros cuando todavía éramos pecadores. Y ahora que estamos justificados por su sangre, con mayor razón seremos librados por Él de la ira de Dios. Porque, si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más ahora que estamos reconciliados, seremos salvados por su vida. Y esto no es todo: nosotros nos gloriamos en Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo, por quien desde ahora hemos obtenido la reconciliación.

*Palabra de Dios    Todos: Te Alabamos Señor*

### **Aleluia**

*El Reino de Dios está cerca. Conviértanse y crean en el Evangelio.*

### **Aleluia**

### ✠ **Lectura del santo Evangelio según San Mateo 9, 35-10,8**

*“Jesús convocó a sus doce discípulos y los envió”*

**Todos: Gloria a Tí, Señor**

Jesús recorría todas las ciudades y los pueblos, enseñando en las sinagogas de ellos, proclamando la Buena Noticia del Reino y sanando todas las enfermedades y dolencias. Al ver a la multitud, tuvo compasión, porque estaban fatigados y abatidos, como ovejas que no tienen pastor. Entonces dijo a sus discípulos: «La cosecha es abundante, pero los trabajadores son pocos. Rueguen al dueño de los sembrados que envíe trabajadores para la cosecha.»

Jesús convocó a sus doce discípulos y les dio el poder de expulsar espíritus impuros y de sanar cualquier enfermedad o dolencia. Los nombres de los doce Apóstoles son: en primer lugar, Simón, de sobrenombre Pedro, y su hermano Andrés; luego, Santiago, hijo de Zebedeo, y su hermano Juan; Felipe y Bartolomé, Tomás y Mateo, el publicano; Santiago, el Alfeo, y Tadeo; Simón el Cananeo, y Judás Iscariote, el mismo que lo entregó. A estos doce los envió Jesús con estas instrucciones: «No vayan a regiones paganas, ni entren en ninguna ciudad de los samaritanos. Vayan en cambio, a las ovejas perdidas del pueblo de Israel. Por el camino, proclamen que el Reino de los Cielos está cerca. Sanen a los enfermos, resuciten los muertos, purifiquen a los leprosos, expulsen a los demonios. Ustedes han recibido gratuitamente, den también gratuitamente»

*Palabra de Dios    Todos: Gloria a Tí, Señor Jesús*



# Reflexión

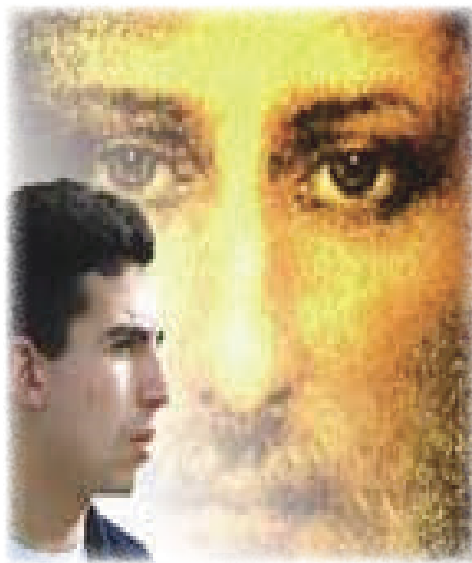
fuentes: [es.catholic.net](http://es.catholic.net)

Joven: ¡el Evangelio del día de hoy es especialmente PARA TI!. Fíjate bien: “Al ver Jesús a las personas –nos dice san Mateo– se compadecía de ellas, porque andaban extenuadas y abandonadas, como ovejas que no tienen pastor”. Si la persona del Papa nos atrae tanto, ¡imagínate cómo sería nuestro Señor Jesucristo! Toda su personalidad era fascinante y cautivadora. Su palabra y su talante seducía a multitudes enteras. “Le seguían grandes muchedumbres de Galilea, de la Decápolis, de Jerusalén y de Judea, y del otro lado del Jordán” -nos cuenta el evangelista- “y mucha gente, oyendo lo que hacía, acudía a Él” (Mt 4,25; Mc 3,8). Él era de un corazón infinito, generoso, delicado, fuerte, noble, ¡todo lo que tú puedas soñar y pensar de un corazón humano!

Él era verdadero Hombre. Y, además, verdadero Dios. Su amor y su amistad no tienen medida, ni conocen límites ni fronteras. Él es el único que nos ama como somos, a pesar de nuestras limitaciones y caídas, y su amor es fuerte, incondicional, dulce y total. Él es fiel. Nunca nos engaña ni nos puede fallar. “Jesús se compadecía de las multitudes”. El verbo griego del texto original -el que emplea aquí el evangelista- significa literalmente “se le conmovían sus entrañas”. Es un sentimiento profundamente humano, de una exquisita ternura paternal –o maternal–, como nos recuerda el profeta Oseas en aquellas palabras llenas de emoción, que nos hablan del amor de Dios a su pueblo: “Cuando Israel era niño yo le amé, y de Egipto llamé a mi hijo... Yo enseñé a andar a Efraím, lo levantaba en brazos, pero no reconoció mis desvelos por curarle. Lo atraía con ligaduras humanas, con lazos de amor. Fui para ellos como quien alza a una criatura contra su mejilla, y me bajaba hasta ella para darle de comer... Se me conmueven mis entrañas y mi corazón dentro de mí...” (Os 11, 1-8). Éste es el amor de Dios a sus elegidos, el amor que Cristo nos tiene a cada uno

de nosotros.

Pero el de Cristo no es un sentimiento estéril, sino un compromiso eficaz y operante. El fruto inmediato de esa compasión que siente hacia las multitudes es la elección de sus Apóstoles. “La mies es abundante –les dice–, pero los trabajadores son pocos. Rogad, pues, al Dueño de la mies que mande trabajadores a su mies”. Y a continuación aparecen los nombres de los elegidos: los doce Apóstoles, y los envía, haciéndolos partícipes de su propia misión. ¿Y no



has pensado tú, querido amigo o amiga, que tal vez tu nombre podría estar también incluido entre éstos? ¿No has sentido alguna vez en tu interior la llamada dulce y serena del Señor, que te invita a seguirlo y a ir detrás de Él? ¿No te estará diciendo que Él te quiere como amigo predilecto, como sacerdote, como religioso o religiosa, como misionero? O sin duda te llama a una vocación seglar de mayor entrega a Él y al apostolado. Dios ama a los jóvenes con un amor

especialísimo, como se ama la vida, la pureza, la fuerza y la plenitud; y el reto que Él nos presenta es para almas grandes, para corazones nobles, para espíritus magnánimos y generosos como el tuyo.

No tengas miedo a decirle que “sí”, como Pedro, Santiago, Juan o el resto de los Doce. Si Él nos da la carga, también nos da las fuerzas para llevarla adelante. Así nos lo atestigua el mismo Evangelio de hoy: Cristo da a sus Apóstoles el poder que necesitan para cumplir la misión que les encomienda. Y, además, Él está a nuestro lado, siempre nos acompaña en nuestro camino.

Así, pues, si sientes alguna voz dentro de ti o piensas que Cristo te puede estar llamando a seguirlo, sé valiente y generoso. ¡Que Dios te bendiga, y hasta pronto!

*El anhelo de Pablo: llevar el Evangelio a todos, para que todos lleguen a ser reconciliados con el Padre*

¿Cómo afrontaría san Pablo el diálogo interreligioso? ¿En qué manera hablaría sobre Jesucristo en el mundo pluralista en el que hoy vivimos? La respuesta puede encontrarse de modo bastante sencillo:

san Pablo actuaría hoy como actuó en el mundo (también pluralista) en el que le tocó anunciar el Evangelio.

En primer lugar, san Pablo viviría hoy en una profunda actitud "eclesial", unido a san Pedro y sus sucesores (los Papas), y a los apóstoles y sus sucesores (los obispos). Su trabajo encajaría plenamente en esa unidad profunda que nace de la misma fe, de la misma esperanza, de la misma caridad, porque somos un mismo cuerpo al participa de un mismo pan: Jesucristo (cf. 1Co 10,17).

En segundo lugar, san Pablo buscaría predicar a Jesucristo a través de todos los medios que tuviera a su alcance. Antes hablaba a viva voz o escribía cartas; viajaba a pie, cabalgando o en barco. Hoy se movería en un tren o en un avión; seguiría usando la palabra oral y escrita, y la haría oír en la televisión y la radio, en internet y en la prensa diaria. También hoy, como en su tiempo, sus palabras encontrarían el rechazo de muchos. Pero ello no frenaría el arrojamiento misionero de Pablo. "Nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; mas para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios" (1Co 1,23-24).

En tercer lugar, san Pablo apoyaría todo su trabajo apostólico en la oración y la renuncia de sí mismo. Estaría convencido de que debe rendir cuentas a Dios y no a los hombres (cf. 1Co 4,1-4); por lo mismo, no dejaría de aprovechar ninguna ocasión para gritar, para predicar, para anunciar que Cristo es el Salvador del mundo, el Redentor del hombre. Por eso, abriría su corazón a las indicaciones del Espíritu Santo e iría allá donde hubiese necesidad del Evangelio. Hablaría sin miedo, con una fuerza profunda (desde Dios), "a tiempo y a destiempo", y sabría reprender, amenazar, exhortar, con paciencia y doctrina, como recomendaba a Timoteo (2Tim 4,1-3). El grito de su corazón no le dejaría tranquilo: "Predicar el Evangelio no es para mí ningún motivo de gloria; es más bien un deber que me incumbe. Y ¡ay de mí si no predicara el Evangelio!" (1Co 9,16-17).

En cuarto lugar, mantendría vivo, en lo más profundo de su corazón, el anhelo por sus hermanos, el Pueblo elegido, el Israel de Dios. Gritaría hoy, como hace casi 2000 años, su amor hacia los judíos. "Hermanos, el anhelo de mi corazón y mi oración a Dios en favor de ellos es que se salven. Testifico en su favor que tienen celo de Dios, pero no conforme a un pleno conocimiento. (...) Porque el fin de la ley es Cristo, para justificación de todo creyente. (...) Porque, si confiesas con tu boca que Jesús es Señor y crees en tu corazón que Dios le resucitó de entre los muertos, serás salvo" (Rm 10,1-9).

En quinto lugar, trabajaría a fondo para proteger a

tantos cristianos que viven bajo la amenaza del engaño, de la idolatría, de las ideas vanas, del paganismo. O que se fijan en la "justicia humana" y olvidan la justicia divina, o que se cierran al amor para vivir en la amargura de la inmisericordia. San Pablo lloraría al ver ciudades en las que predicó el Evangelio y que hoy han dado la espalda a Cristo. Y sufriría al descubrir tantos lugares en los que, a lo largo de los siglos, cayó la buena semilla y luego pasó, con su furia destructiva, la mano del maligno para arrebatarla.

Repetiría hoy las palabras que dirigió, con un nudo en la garganta, a los presbíteros de la iglesia de Éfeso a los que había llamado a Mileto para despedirse de ellos: "Tened cuidado de vosotros y de toda la grey, en medio de la cual os ha puesto el Espíritu Santo como vigilantes para pastorear la Iglesia de Dios, que él se adquirió con la sangre de su propio hijo. Yo sé que, después de mi partida, se introducirán entre vosotros lobos crueles que no perdonarán al rebaño; y también que de entre vosotros mismos se levantarán hombres que hablarán cosas perversas, para arrastrar a los discípulos detrás de sí. Por tanto, vigilad y acordaos que durante tres años no he cesado de amonestaros día y noche con lágrimas a cada uno de vosotros" (Hch 20,28-31). En resumen: san Pablo no se contentaría con un diálogo interreligioso sin verdades, sin compromisos, lleno de azúcar y vacío de contenidos. Desearía, con todo el ardor de su corazón apasionado, transmitir, gritar, a todos los hombres, de todas las razas, de las religiones más diferentes, que Cristo murió en una cruz para salvarnos. Y que resucitó, que ha vencido, que su sacrificio tiene un valor infinito. Repetiría a voz en grito lo que escribió a los corintios: "¡Pero no! Cristo resucitó de entre los muertos como primicias de los que durmieron. Porque, habiendo venido por un hombre la muerte, también por un hombre viene la resurrección de los muertos. Pues del mismo modo que en Adán mueren todos, así también todos revivirán en Cristo" (1Co 15,20-22). Cristo es la Vida, la Verdad, el Camino. San Pablo lo entendió, lo meditó, lo predicó. Los que creemos, como él, en Cristo, también debemos sentir una necesidad profunda de enseñar a todos esa gran verdad, de ayudarles a descubrir que en Jesús, y sólo en Jesús, está la salvación. Cristo es "la Cabeza del Cuerpo, de la Iglesia: Él es el Principio, el Primogénito de entre los muertos, para que sea Él el primero en todo, pues Dios tuvo a bien hacer residir en Él toda la Plenitud, y reconciliar por Él y para Él todas las cosas, pacificando, mediante la sangre de su cruz, lo que hay en la tierra y en los cielos" (Col 1,18-20). Cristo es el centro del Universo, y esa verdad debe ser escuchada por todos: musulmanes y budistas, confucianos y animistas, hinduistas y ateos. También ha de ser el centro de nuestros corazones, para que podemos entrar en el camino de la vida, de la santidad y del amor.

Ese es, en definitiva, el anhelo de Pablo: llevar el Evangelio a todos, para que todos lleguen a ser reconciliados con el Padre. "Y a vosotros, que en otro tiempo fuisteis extraños y enemigos, por vuestros pensamientos y malas obras, os ha reconciliado ahora, por medio de la muerte en su cuerpo de carne, para presentaros santos, inmaculados e irreprochables delante de Él; con tal que permanezcáis sólidamente cimentados en la fe, firmes e inmovibles en la esperanza del Evangelio que oísteis, que ha sido proclamado a toda criatura bajo el cielo y del que yo, Pablo, he llegado a ser ministro" (Col 1,21-23).